

NUESTRAS VISITAS

## JOSÉ FRANCÉS

Como un escandaloso grito de alegría entraba el sol maravilloso de aquella mañana de invierno, invadiendo todos los rincones del artístico despacho del escritor. También entraba el silencio apacible de la olvidada calle, contribuyendo a dar la sensación de una ansiada soledad campestre.

Francés me dejó un momento que, callado, contemplara el conjunto decorativo de su habitación de trabajo. Mientras que yo descorría mi mirada por los magníficos lienzos de Beltrán, Moisés, Mezquita, Domingo, Posada, Mir, Echea, él saboreaba mi impresión agradable con una íntima satisfacción. Después me fué haciendo el historial de cada cuadro: «Ese retrato me lo hizo Mezquita hace dos años; ese cuadro de Posada es un boceto del cuadro que ganó el segundo premio. La tablita ésta de Echea fué premiada en Bellas Artes.»

Es el despacho una exposición pequeña. El espíritu de una mujer artista vigila allí los menores detalles.

—Vive usted como un prócer, Pepe—le dije, al mismo tiempo que tomaba asiento en su sillón de trabajo entre dos tizonas del siglo XVII.

—No—contestó él sonriendo—. Lo que pasa es que todo esto que usted ve es el íntimo deleite de mi vida. Amo como nadie mi casa y mis afectos. Soy un hombre de hogar. Gozo viendo mis muebles, mis cacharros, mis libros, mis cuadros, como usted no puede figurarse, y, si por algo me inquieta la muerte, es por el pensamiento de dónde irá después todo esto tan amado y que tanto trabajo me ha costado reunir en torno mío.

Y yo, al mismo tiempo que escuchaba atentamente al notable escritor, pensaba en la gran transformación física que ha sufrido en los doce años que nos conocemos... Cuando entonces nos estrechamos por primera vez las manos, era Francés un muchacho de esos que las tobilleras clasifican de soñadores é interesantes. Desnutrido, macilento, enfermizo. En sus ojos melancólicos, cercados por violáceas ojeras, parecía llevar estereotipada la visión de la muerte. Su gran tupé sagastino era una greña de bohemio. Comienza entonces Francés a sembrar buena sementera literaria, y viéndole tan escuálido no había más remedio que pensar con pena: «¡Lástima de muchacho! No cojerá la cosecha de su talento!». Seguramente Francés un día se sintió feliz, arrojó de su espíritu los pesimismo y las visiones fúnebres y comenzó a vivir. Hoy, el consagrado escritor, ya ídolo de los lectores, es un hombre excesivamente recio y sano que no recuerda en nada al muchachuelo de hace doce años.

—¿Cuántos años tiene usted Pepe?—le pregunté, como un resultado de mis meditaciones.

—Tengo ya treinta y tres, querido Audaz. Nací el 22 de Julio de 1885, y en Madrid, aunque mucha gente me cree todavía valenciano porque



JOSE FRANCÉS, en su biblioteca

en mis comienzos literarios tuve íntima amistad con Blasco Ibáñez. Hay también quien me cree asturiano por el cariño que tengo a esa región encantadora. Raro es el libro mío en que no aludo a Asturias ó en que no hago intervenir tipos asturianos. Incluso mis dos primeras novelas, *Abrazo mortal* y *Dos cegueras*, publicadas hace catorce años, y mi drama *Más allá del honor*, estrenado en 1908, intentaron reflejar ambiente, paisaje y costumbres de Asturias.

—¿Desde pequeñín, sintió usted decidida inclinación por la literatura?

—Siempre. Desde muy niño. Y alternaba la alición con el dibujo. No sabría decirle si el primer cuento lo escribí ó lo dibujé en varias viñetas. Lo que sí supongo es que sería caballeresco ó fantástico. Dumas, Fernández y González y Julio Verne fueron mis ídolos cuando niño. Además, tenía el ejemplo de mi padre. Mi padre ha sido escritor también. Fué redactor de *La Correspondencia de España*. Fundó en Puerto Rico el *Puerto Rico Ilustrado* y tiene publicado un libro de cuentos y artículos descriptivos de costumbres filipinas titulado *Galeradas*.

—¿Tuvo usted desalientos en sus balbuceos literarios?

—Nunca. Desde que publiqué *Dos cegueras* y *Abrazo mortal*, no he sentido el menor desaliento ni el más pequeño cansancio. Tengo una voluntad enorme. Más fuerte que los obstáculos ajenos y que los desfallecimientos propios. Y eso que, ¡ay, José Maril!, usted no sabe qué años más terribles los primeros y cómo he trabajado siempre. Llegué a enfermar. Yo era entonces un candidato a la muerte. Trabajaba doce ó catorce horas diarias; dormía cuatro ó cinco nada más. Fué entonces cuando traducía en una

semana libros de trescientas páginas, por los que me pagaban cien pesetas, y me hacía cuarenta ó cincuenta cuantos para el editor Sopena, que me los pagaba *¡á duro!*

—¿Cuál era entonces su escritor preferido?

—Eduardo Zamacois.

—¿Por qué?

—Luego he supuesto por lo que sería. Los libros de Zamacois me empujaron hacia los verdaderos maestros de la novela contemporánea, los naturalistas franceses. Y esta última admiración no ha cambiado. Sigo creyendo en Zola, en Maupassant, en Flaubert, en los Goncourt.

—¿Y en la actualidad?

—Es un poco peligrosa la contestación. A los treinta años no se pueden hacer las afirmaciones de los veinte. Y tal vez fuesen menos sinceras.

—Sinceramente, Pepe, ¿ama usted la vida de literato, ó preferiría haber tomado otra profesión?

Dudó un momento; al fin rompió su indecisión sinceramente.

—¡No! No amo la vida de literato. La soporto y procuro transformar todo su veneno en un recurso vital. La medicina nos da el ejemplo de este contrasentido. Si yo tuviera un hijo, le juro á usted que este hijo mío no sería escritor. Yo habría querido ser marino ó caricaturista.

Y como sorprendiera mi risa, exclamó con vehemencia:

—No, no se ría usted. Marino primero. Los viajes á Cuba, á Filipinas, á Puerto Rico encantaron de aventura mi alma; los libros de Verne y de Maine Reid aumentaron después aquella sed de emociones exóticas ó de los horizontes flotantes. Incluso se habló seriamente de comenzar los estudios; pero mi madre lloraba de angustia y de terror ante aquella posibilidad y desistí. Lo de hacer caricaturas ya no era tan peligroso como seguir las rutas azules. Yo tenía muchos entusiasmos y bastantes condiciones —¡palabra de crítico de arte!—é incluso he publicado historietas inocentonas, firmando con el pseudónimo «Córcholis» en un semanario titulado *Monos*, y caricaturas políticas en *España Nueva* firmando «Tik-Nay». Por cierto que la primera vez que fui á *Vida Galante* para intentar colaborar en aquella revista tan juvenil y tan simpática, no llevé cuartillas literarias, sino una gran cartera de dibujos humorísticos. Entré en la sala de espera á las cuatro de la tarde y aguardé á Zamacois hasta las ocho de la noche. ¡Cuatro horas mortales, desesperantes, que no olvidaré jamás! Zamacois no se presentó aquella tarde por la redacción; pero desde mi rincón húmedo y obscuro—ni siquiera se molestaron en encender la luz—vi en una sala contigua reír y discutir y hablar de mujeres á cinco ó seis individuos. Luego supe que eran Manolo Carretero, Pedro Barrantes, Joaquín Segura, Gascón y Navarrete. Cuando ya me decidí á marchar y llamé al portero para dejar mi tarjeta, le pregunté